

LUIS FELIPE VIVANCO



COLOQUIO DE LA HUIDA A EGIPTO

COLOQUIO DE LA HUIDA A EGIPTO



El dibujo de la portada es original del alumno de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, Fernando Cavestany. Las ilustraciones que acompañan al texto están tomadas de la colección «Ideas pintorescas de la Huída a Egipto», de Domenico Tiepolo.

LUIS FELIPE VIVANCO
ARQUITECTO

COLOQUIO DE LA HUIDA
A
EGIPTO

DIRECCION GENERAL DE ARQUITECTURA
PUBLICACIONES

MINISTERIO DE LA GOBERNACION



Coloquio de la Huída a Egipto

*A Francisco Prieto-Moreno,
compañero y amigo.*

Van caminando por la ladera pedregosa de un cerro la Virgen —montada en un burro y con el Niño en brazos— y San José. Al pie del cerro corre un arroyo, oculto tras sus fresnos, sauces y carrizos. Hay pastos amarillos, y al doblar un recodo aparecen las primeras casas de un pueblo. Los ángeles vuelan por el aire, aunque no se los ve. Estamos en las estribaciones de la llamada sierra de la Estrella, en la provincia de Toledo, lindando con la de Cáceres.

LA VIRGEN

¡Mira, José, qué pueblo!

SAN JOSE

Qué pueblo y qué paisaje
de serranía clara. Las casas, una a una,
van diciendo sus nombres, sus fatigas, sus hambres,
sus ventanas sin flores...

LA VIRGEN

¡Otro pueblo sin árboles!
¡Otro pueblo sin agua!

SAN JOSE

Pero habrá alguna fuente.
¡Y hay huertas! Y esa copla de amores... No es tan pobre...

LA VIRGEN

La escucho, y me pregunto: ¿somos pobres nosotros?

SAN JOSE

Lò somos. Sin embargo, mi trabajo artesano
no lo cambio por otro. Somos como ese pueblo.
Somos como estos cerros, también como ese cielo
y el agua del arroyo.

LA VIRGEN

Voy apretando al Niño
contra mí, voy sintiendo cómo corre el arroyo,
cómo brotan las varas de los fresnos...



SAN JOSE

¿Qué pájaros
bajan del aire y mojan sus picos en el agua?
¿Qué tordos, qué abubillas, qué abejarucos?

LA VIRGEN

Vamos
a descansar un rato. ¿No te gusta este sitio
para estar contemplándolo?

SAN JOSE

Ya lo creo. ¡Es tan rico
de color este campo! Y la luz de este cielo
de invierno, ¡es tan cercana, tan alegre!

LA VIRGEN

Tendremos
también que comer algo.

SAN JOSE

Ya, en mi bota arrugada
no queda ningún trago. No importa, comeremos
nuestro pan con aceite, y después —¡qué le vamos
a hacer!— nos llegaremos a mojar nuestros labios
en el mismo regato donde beben los pájaros.

LA VIRGEN

Tendrás hambre, José. ¡Hace ya tantas horas que nos desayunamos! Yo también. Pero, antes, voy a ponerme al pecho mi Hijo. No quisiera que empezara a pedírmelo llorando. ¿Tú no crees que está mucho más gordo? Mírale: tiene el óvalo de la cara más lleno.

SAN JOSE

Me gusta que me apriete con los suyos, tan chicos y bien hechos, mi dedo.



LA VIRGEN

Ahora mismo no tiene más casa ni más cuna
que los brazos constantes de su madre. Mirándole,
me doy cuenta..., y besándole...

SAN JOSE

Siéntate aquí, en la orilla
de esta piedra más alta. ¡Cómo huele a retama!
¡Qué tonos amarillos, y violetas, y rojos,
en la broza del monte, rezagados de otoño!
Mientras tú, despertándole, das de mamar al Niño,
yo le voy a quitar al pollino la albarda.

(EL BURRO)

Eso está bien, hermano San José. Muchas gracias.
Ya era requetehora de que yo descansara.
Oh, no me pesan nada ni la Madre ni el Hijo;
no es que reniegue, no, pero soy un jumento
nada más, no me pidas otra filosofía
que mis orejas tiesas y mi cabeza gacha
que se inclina hacia el suelo, buscando su alimento
tal vez, sin preocuparse del azul.

Sin embargo,
con mis tercas miradas de animal estoy viendo

los vuelos de los ángeles. Antes, mientras veníamos andando, ¡qué alboroto —que armaban los más jóvenes con sus alas traviesas— sentían mis orejas!
Otros, iban delante de mi hocico, apartando las ramas que se cruzan, cuidando que mis pasos no tropezaran nunca con los muchos pedruscos de la trocha; o quitándote mi ronزال de las manos, en los pasos difíciles, y llevándolo un rato, sin que te dieras cuenta; o atándote el rebelde cordón de tu sandalia que se había soltado.



Después le han ayudado a María a bajarse de lo alto de mis lomos; después, mientras el Niño mama, sin hacer nada, suspensos en el aire, —¡qué angelitos más sosos!— se están todos mirándole. ¿No podríais tocar dulzainas y panderos como la Noche aquella del Portal?

Pero, bueno, ¿quién soy yo para haceros reproches? Ahora, el Niño no quiere más. Su Madre le muda los pañales, y El llora, ¡con qué genio! Lo primero que tienen los niños, mucho antes que mirada o sonrisa, es genio. ¿No debemos creer en Dios por eso? Cantándole, besándole, meciéndole y haciéndole cuna tibia en sus brazos, la Virgen le ha dormido, y San José, que ha vuelto con agua del arroyo y quiere que su Esposa pueda almorzar un poco, se lo quita a su Madre y se lo da a los ángeles.)

LA VIRGEN

Mira, José, la puerta de aquella casa; mira su blanca chimenea y el humo azul que sube. ¡Qué bien que viviríamos allí! Está en las afueras, es de una sola planta, y tendrá su cocina, y su alcoba, y al fondo del patio —¡estoy segura!—, tendrá su tejavana, que sería tu holgado

taller de carpintero. Oh, ¿por qué no tendríamos nosotros, si volvemos un día a nuestra tierra, una casa tan grata de vivir como ésa? No pido otra morada mejor para mi Hijo.

SAN JOSE

¿Y por qué no, María, si no nos cuesta nada soñarla, y habitarla soñándola, y hacerla vida nuestra en el sueño? Sí, una casa más grande, con más habitaciones, con fachada más larga y balcones volados en la plaza del pueblo.



O, en la ciudad, un piso lujoso, de los caros,
con tres cuartos de baño. ¿Crees tú que podríamos
vivir, con nuestras almas, en uno de esos pisos?

LA VIRGEN

No, José. No hace falta. Dejemos que estas tierras,
que esas nubes que flotan bajas, arracimadas
sobre el tenso horizonte, resplandeciendo tanto
de blancura, esta ráfaga fresca de olor a lluvia,
y el perfil de estas rocas, formen parte, de veras,
de las horas más lentas de nuestro hogar.

SAN JOSE

Acuden

paisajes. En las horas de calma y aislamiento,
de intensidad de vida familiar importante,
siempre acuden paisajes, y no nos atormentan,
porque, dentro de casa, sin prisa, está creciendo
nuestro Hijo.

LA VIRGEN

(Volviendo a tomar al Niño de brazos de los ángeles.)

Sin muros, sin tejado, sin fuego,
sin muebles, ¡aquí mismo nuestro hogar, aquí mismo!

¡Corta un cedro en el bosque de cedros, Carpintero,
asierra bien su tronco; cuadra los pies derechos,
las zapatas, las vigas, los tablones; asienta
cada fuste en su piedra fundamental; levanta
tu tinglado bien hecho, para que, al mismo tiempo
que taller y vivienda, merezca ser un Templo!

SAN JOSE

No puedo complacerte porque faltan los cedros.
Sólo puedo, aplicándome a oficio más modesto,
montar un encofrado para hormigón armado.
Muchos le pondrán peros, creerán que eso no es digno
de Ti ni de tu Hijo, dirán... ¿Qué nos importa
que digan, ni que rasguen sus vestidos, estando
Tú dentro de la obra, con tu Hijo en los brazos?

(EL BURRO

Dentro de poco, amigo, volverán a ponerte
tu albarda. ¿Falta mucho para Egipto? ¿Se trata
de llegar? Por lo pronto, sospecho que me esperan
más cuestas. Esta tarde, desde el puerto, veremos
las luces del crepúsculo. Será fría la noche
de estrellas. Y mañana, temprano, pisaremos
laderas extremeñas. ¡Qué novedad de olores

y colores, de arbustos, de claridad de cielo!
Y yo siempre a mi paso, con mi carga, llevándola
cada vez más contento, más serio...

¡Con qué envidia
me hace hablar el poeta que se ha escrito estos versos!)



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE
FOLLETO EL XXX DE NO-
VIEMBRE DE MCML, DÍA DE
SAN ANDRÉS, APÓSTOL, POR
LA SECCIÓN DE PUBLICACIO-
NES DE LA DIRECCIÓN GENE-
RAL DE ARQUITECTURA, EN
LOS TALLERES ORBE, S. A.,
MADRID.

